

La Ciudad Bajo La Ciudad

N. Wihflywer

La Ciudad Bajo La Ciudad



Por N. Wihflywer

Capítulo 1

LA CIUDAD BAJO LA CIUDAD

Conduzco mientras pienso en las nuevas amistades adquiridas en la fiesta de la que acabo de salir, en la cual entré por que mi amigo Matt (el que siempre suelta **un ratito mas** convenciéndome de quedarme) esta vez me convenció con un **solo un ratito** de que entrara. Siempre gana la batalla.

Llegando a **la ciudad bajo la ciudad**, las zonas mas bajas y **pobres** del lugar, pienso en como un demasiado joven muchacho que conocía desde hacia años, me ha lanzado la proposición de quedar para conocernos con intención romántica, y como al rechazarlo de forma tranquila y compasiva, (pero totalmente contundente) vi en su rostro que un puñal se clavaba en su pecho y en su autoestima. El pobre muchacho se ha ido farfullando y titubeando para sus adentros, lanzando la audible frase de —Claro. —mientras se aleja —Por supuesto que no. —provocando en mi el pensamiento de que quizá yo he sido su primer rechazo en su nuevo mundo de auto-aceptación homosexual.

He aparcado el coche en una callejuela estrecha, por aquí no hay problema en aparcar donde estrictamente no se puede, siempre y cuando no obstruyas el paso a nadie. Nada mas salir del vehículo, al cruzar la esquina, me topo con un emplazamiento casi cerrado que se encuentra debajo de un puente, en el cual, se halla la entrada a algunos pisos de viviendas y a algún que otro local de ventanas entablilladas ya cerrado, todo ello siendo iluminado, con el característico naranja, de las viejas farolas, ya que aun no ha amanecido del todo. Justo ahí en medio, se encuentra un extraño animal al que no puedo evitar dedicarle mayor atención. Me sorprende que un animal que se presupone salvaje a todos los efectos, (como lo es un guepardo) está amarrado con un collar de perro y una cuerda a una ventana. No hay nadie cerca a excepción de un coche que llega. De su interior emerge una mujer rubia de ropa mas bien pija y sin apagar el motor, se separa unos pocos metros de el, mirándome a mi y a su alrededor, solo enfocándose en la bestia un segundo mas que con cualquier otra cosa. Abre una persiana, introduce en su interior el coche, cierra la persiana metálica desde el interior y oigo como continua su travesía en lo que parece ser un parking subterráneo. Parecía llevar prisa y no impresionarse por nada, como estando acostumbrada al lugar y sus extravagancias habituales.

Me dirijo a pie hacia el norte buscando ese local de reparaciones técnicas tan barato del que me han hablado. Mi tarjeta grafica, esa que fue y sigue siendo tan extremadamente cara, se ha roto, parece ser algún tipo de fallo mecánico que casi cualquiera podría solucionar y no estoy dispuesto a gastar demasiado dinero en ello.

Al no encontrar el local por el norte, (me dijeron que estaba cerca de donde aparque) decido pensar que podría haberme equivocado con las indicaciones y me dirijo al sur. Llegando al sitio en el que aparqué el coche, veo que el animal ha desaparecido, en su lugar hay un hombre tosco, grande y corpulento de aspecto bobalicón que, mientras tira, lo que parece basura, ahí en medio, discute con alguien que le echa la bronca de una forma muy desagradable. Le trata como a un secuaz, un esbirro o minion. Todo el espectáculo siendo observado tanto por mi como por un hombre de pelo largo, (seguramente gitano) que está montando lo que parece un puesto ambulante para vender baratijas en forma de complementos para mujer. En cualquier otro lugar uno necesitaría un permiso del ayuntamiento, para colocar su local ambulante de venta al publico, pero no aquí. Aquí la ley no funciona de la misma manera, a no ser que haya ocurrido algo con cierta gravedad, la policía ni siquiera pasea por estas calles. En este tipo de zonas la ley es impuesta por los mismos habitantes y todo ocurre con un cierto equilibrio extraño. Uno puede consumir drogas, poner música a todo volumen o darse un baño en una piscina hinchable en cualquier sitio a cualquier hora del día (o la noche) y nadie te diga nada. Nadie te dirá absolutamente nada por que al igual que tus vecinos, tu mismo tienes esa tan preciada libertad para hacer casi lo que quieras. El puesto está al acabar el estrechamiento y da para un amplio parque maltratado que se encuentra totalmente abandonado y desierto a esas horas. Inevitablemente, me recuerda a mi niñez, en la que estuve trabajando durante años en los mercadillos que recorrían todo tipo de barrios, conociendo a todo tipo de gente. En esos años conocí y aprendí mucho, tanto de gitanos, como de negros provenientes de todas partes de África, además de marroquíes y otros musulmanes nativos de diferentes partes del mundo e incluso de asiáticos, sobre todo chinos. Aunque fuese demasiado joven y no retuviese tanto la información como si hubiese vivido la experiencia en una edad mas adulta, si que es verdad que aprendí muchísimo de la gente, de la vida en general y de las diferentes culturas en las que se encuentran, por unos lados, diferencias abismales y por otros, una serie de cuestiones vertiginosamente iguales, que normalmente, las personas niegan o siquiera llegan a ser capaces de vislumbrar. Solo una persona con un tablero, un trapo y unos cuantos chismes, evoca en mi un sentido de añoranza abismal. En los mercadillos puedes, (si están dispuestos a charlar) además de comprar, aprender y disfrutar de maravillosas historias de muchas partes del mundo. Y todo ello llevándote fruta de muy buena calidad por un bajo precio.

El grandullón es empujado siendo derramado encima de las bolsas y mochilas que el mismo estaba anteriormente desechando en el suelo, el

estruendo golpea mi psique casi tan fuerte como al mismo pavimento adoquinado. Con las mismas, el supuesto superior se marcha. Siempre es incomodo ver algo de esta índole, por muy acostumbrado que uno esté. El gitano me mira y sonríe mientras sigue a lo suyo, el gigante me observa directamente tan solo un instante, (a mi y mi cara de póker perfeccionada por los años) desvelando unos ojos amarillos rodeados por el negro pelo corto, pero abundante, que llena casi toda su cabeza. A continuación retira la vista de forma inmediata y continua con lo que estaba haciendo tras levantarse. No me quedo plantado ya que eso es casi lo peor que uno puede hacer, y avanzo con paso firme y decidido. Este no es mi barrio, ni mi pueblo, ni mi bar, por lo tanto, no me encuentro cómodo, aunque esto no puede notarse en ningún momento. En ciertos lugares o simplemente con ir solo, en alguna que otra ocasión, se de buena tinta, que mostrar aunque sea por error una debilidad de cualquier forma, me puede costar como mínimo un mal momento. Antes de que dé siquiera veinte pasos, el cabrón del gitano intenta venderme algo, y como no quiero ser des cortés ni tampoco parecer frágil. Le respondo que no estoy ahí para comprar chismes, añadiendo un gracias al final y acompañándolo por una actitud bromista, pero con una sonrisa fría aunque simpática. Cierta actitud de improvisación adquirida ya hace demasiado tiempo. Al gitano no se le escapa una, como a la mayoría de los que tiene negocio propio (sea cual sea su índole) y me pregunta que si estoy perdido o si espero a alguien, tras la risa corta, con la que me ha respondido en primera estancia. Para no hacerme notar nervioso, adopto la actitud mas tranquila posible, dejo mi mochila y mi bolsa en la que se encuentran mi tarjeta grafica y mi chaqueta de cuero en un banco muy cercano y charlo un poco con el dueño del puesto, mientras compruebo de vez en cuando que tengo a mano mi teléfono móvil en el bolsillo del pantalón. Le hago ver en todo momento que no me interesa lo que vende, ni lo que podría llegar a venderme tampoco, y que me encuentro a gusto con cualquier compañía. Le hago reír un par de veces. Se le nota una persona que conoce a la gente y que posiblemente ha viajado, por lo que, me es fácil hacerle reír en un par de ocasiones mas.

Cuando estoy diciéndole que busco un local donde reparan chismes, para ver si el me podría indicar, veo de reajo como el grandullón se aleja de mi bolsa y mete las manos rápidamente y de forma extraña, entre sus propias bolsas de basura y sus mochilas abultadas. Le llamo la atención de inmediato, observo veloz como un rayo, el interior de mi bolsa blanca y comprueba al instante que la tarjeta no está, solo se encuentran la chaqueta y la caja abierta y vacía. En ese instante mi cerebro se activa de forma automática y mis músculos, desde los pies hasta la cabeza, se tensan. ***“No muestres temor en ningún momento por feo que se ponga el tema, incluso, provócale si hace falta, el lo hará si o si.”*** Es lo que pienso en el momento y le acuso directamente.

—Yo no he cogido nada. —Me dice levantándose y plantándose enfrente mía, impassible y con su aun mas evidente cara de bobalicón. Su actitud es

todo el tiempo defensiva y yo no paro de increparlo e incluso intentar convencerlo de que no tiene sentido que me robe algo que está roto y de lo que no podría sacarle dinero ni utilidad, aclarando explícitamente que el no sabe repararlo y que dudo que alguien pueda.

—Eso me importa una mierda. No necesito arreglar nada que no e robado. No he cogido nada. —Insiste. Sus ojos amarillos son realmente atrapantes y su actitud y su rostro dan cada vez mas rabia, por la mísera impotencia de no hacerle conseguir que ceda y lo reconozca. Tras comprobar de nuevo la ubicación de mi teléfono de forma disimulada, le increpo y le remarco la estupidez que tiene que tener en lo alto, para que, habiendo solo un posible candidato capaz de propiciar la sustracción, como podría siquiera llegar a pensar que podría creerle.

La conversación se calienta. Se calienta tanto que tengo que moverme por puro nerviosismo. Así que me acerco a la bolsa y me pongo la chupa de cuero negra, tardando solo un instante, antes de volver a plantarme delante de su cara nuevamente.

Mira mi chaqueta, mira mis hombros y veo claramente como la analiza. Me intenta ordenar que me de la vuelta o el mismo me obligará. Me niego rotundamente. No lo hablamos de forma concreta, pero ambos sabemos lo que pasa, cuando me dice: —No sabes con quien hablas y yo quiero saber con quien hablo. —Quiere saber si mi chaqueta porta algún tipo de parche o distintivo de grupo motero o banda o algo por el estilo. Nunca llevo ni llevaré nada parecido, por que en mi trabajo, tengo que ser amigo de todos o me costaría la vida. Por el simple hecho de (en algunas ocasiones) llevar un color concreto, algunos sujetos lanzarían, sin inmutarse apenas, un cuchillo a mi garganta. Se a lo que se refiere perfectamente pero no me dejo mangonear. Me da igual si el esta en algún grupito de mierda, es un piltrafa y se lo dejo claro.

Llevo ya demasiado tiempo provocándole para que esto termine, pero el muy idiota es un titán. He llegado a meter las manos entre las bolsas y las mochilas, por supuesto, asqueado. El muy desgraciado no lanza la primera hostia, cosa que, tras mas de veinte minutos de palabras feas, empujones y provocaciones de todo tipo, es evidente que busco. Me llega a desesperar tanto que incluso, saco las llaves del bolsillo y se las clavo en la mano y hasta en el cuello cuando por fin forcejeamos dando vueltas de una forma muy ridícula. No peleamos, el huye mientras yo, rabioso perdido, lo persigo gritándole que me la devuelva. Se mueve por el parque y lo sigo, da la vuelta y se acerca corriendo a una de las ventanas enrejadas, estrellándose estrepitosamente al intentar (supongo) engancharse en ella y trepar para huir de mi.

En ese instante, una mujer de pelo lacio y rubio, con ropa deportiva, se acerca corriendo y empieza a gritarle y a arrearle con la palma abierta, en la espalda, cabeza, cuello y cualquier pedazo de corpulenta carne que se

ponga a tiro. Por lo poco que logro escuchar, la mujer le acusa de ser un **desgraciado ladrón que tima a todo lo que se le ponga por delante sin pena ninguna, como buen despojo desalmado que es.**

Me doy la vuelta, mientras suspiro e intento renovar de aire fresco mis pulmones, en este descanso que me ha llegado de la nada. Al mirar el puesto del gitano veo que no está. Ni el ni sus cosas, solo el tablero de madera casi podrido. Mi mochila y mi bolsa tampoco están. Vuelvo a mirar donde estaba el espectáculo y ni el hijo de puta del tamaño de un hipopótamo ni la mujer se encuentran ahí. —No puede ser. —Digo en voz alta sin poder evitarlo. Correteo de un lado para otro como si fuera un pollo sin cabeza, aun sabiendo ya la respuesta, en una comprobación extremadamente absurda. Se han desvanecido. —¡No! —Han huido habiéndome robado todo. —No. ¡Joder! ¡NO! —Me dejo los pulmones tras comprobar que también han desaparecido las llaves de mi coche. Doblo la esquina y ahí se encuentra el hueco. El enorme hueco y vacío que deja la ausencia de mi vehículo, golpeándome el pecho y dejándome sin apenas aliento.

El tiempo que transcurre mientras espero a que llegue la policía, (al menos no se llevaron lo único que estuve comprobando, el teléfono) y sabiendo que no van a poder hacer absolutamente nada, lo empleo en pensar, ya que es lo poco que me queda. Pienso en si esa mujer era la misma que vi al llegar a la zona. Pienso en si será todo un ballet ensayado a conciencia y practicado durante largo tiempo o un perreo improvisado que les ha salido bien en esta ocasión. Está claro que el gitano y el grandullón están compinchados, aunque el otro tipo no lo tengo tan claro. La mujer fue la distracción perfecta y el gitano un gancho preciso. Si esta actuación lleva tanto tiempo desarrollándose una y otra vez... ¿Como me han colado **a mi** un truco viejo?

Tras un largo tiempo de dar vueltas en mi mente concluyo en la idea de que: **Trucos viejos para gente nueva, siempre serán trucos nuevos.** Al menos aquí, en **la ciudad bajo la ciudad.**